



Un bombero en una
manifestación en Madrid.
:: DOMINIQUE FAGET/AFP

La sociedad indignada

Con la incorporación de los empleados públicos a la protesta, algunos hablan ya de un «segundo despertar» de los españoles



Una de las manifestaciones de funcionarios celebradas en los últimos días. :: J. L. CEREJIDO/EFE



«En pelota»

Protesta de bomberos en la localidad asturiana de Mieres. :: ELOY ALONSO/REUTERS

La movilización de los funcionarios resultaba previsible, pero no tanto la corriente de solidaridad hacia ellos, con muestras públicas de apoyo

La ministra de Trabajo, Fátima Báñez, se ha mostrado convencida de que una «mayoría silenciosa de españoles de buena voluntad» avala los últimos recortes económicos del Gobierno. Tal vez sea que esos incontables ciudadanos se toman demasiado a pecho lo de permanecer callados, porque la verdad es que cuesta mucho dar con alguno: en la semana transcurrida desde que Rajoy anunció

su batería de medidas, hemos asistido a una masificación del descontento que se refleja en incesantes protestas callejeras, organizadas con la pasmosa agilidad que permite la tecnología, hasta culminar con las ochenta manifestaciones de ayer mismo. La composición tradicional de los 'indignados' recogida en los manifiestos de plataformas como ¡Democracia Real Ya! («nosotros los desempleados, los mal remunerados, los subcontratados, los precarios, los jóve-

nes...») se ha quedado muy corta, ya que en esos puntos suspensivos se han incorporado de golpe los empleados públicos, incluidos sectores de tanto poder simbólico como la Policía, los jueces o los médicos. Además, claro, de todos aquellos cuya paciencia se ha colmado al sumar factores como el IVA y el imprevisto «que se jodan» de la diputada Andrea Fabra.

Lo que podríamos llamar la 'minoría ruidosa', por analogía con las palabras de la ministra,

no solo puede sumar así 2,7 millones de empleados públicos y abarcar buena parte del espectro social, sino que multiplica su impacto. «Esto supone una grieta dentro del edificio estatal, que puede ir debilitando el funcionamiento normal de sectores importantes. Pueden ser especialmente significativos los efectos del comportamiento que tengan las 'fuerzas del orden' ante las manifestaciones en la calle: exigir de ellas, en las condiciones de malestar interno ac-

tual, un comportamiento represivo podría convertirse en un bumerán para el Gobierno», analiza Jaime Pastor, sociólogo especializado en movimientos de masas. «El funcionariado —comenta Ramón Adell Argilés, profesor de la UNED que estudia la sociología de la protesta colectiva— es el elemento humano de la maquinaria necesaria para hacer cumplir las decisiones democráticas de un Estado y garantizar los servicios públicos. De sumarse masivamente a las protes-



MAS ALLA DEL ESLOGAN

Funcionarios

Se han convertido en los protagonistas de la resistencia a las medidas del Gobierno. «La sociedad está diciendo 'basta' ante los recortes», ha resumido Miguel Borra, presidente del CSIF. En la pro-

pia Policía cunde el desánimo: «Siempre pagan los pobres», reprocha César Lambea, de la Confederación Española de Policía. Jueces para la Democracia se ha pronunciado contra el «desmantelamiento del Estado social».

Industria cultural

En pie de guerra contra la subida del IVA. «Las medidas condenan a la ciudadanía en general a poco menos que la indigencia», afirmaban ayer varios medios musicales en el manifiesto 'La cultura no es un lujo'.

Figuras populares

No han escaseado las críticas a los aplausos de los diputados del PP ante los recortes. «Si un médico prescribe quimioterapia a un enfermo de cáncer y su equipo se levanta para aplaudir, entonces tenemos un pro-

blema. Grave», ha escrito el director de cine Jaime Baqueró. «Los que vivimos años de dictadura franquista reconocemos lo que está pasando. Son los mismos en el poder. Y nosotros aún en la calle», afirma el locutor Constantino Romero.



CARLOS BENITO

tas, el ciudadano lo acabará notando en el funcionamiento de los servicios».

La movilización de los empleados públicos era de esperar desde el momento en que se les endosó buena parte del nuevo ajuste. Menos previsible resultaba la corriente de solidaridad que ha surgido hacia este colectivo: el funcionario, protagonista tradicional de chistes sobre burocracia e improductividad, se ha convertido súbitamente en objeto de textos muy distin-

tos, cargados de emotividad y cariño. En Twitter, la etiqueta #graciasfuncionarios ha servido para aglutinar mensajes que reconocen su papel crucial en las vidas de todos. «Gracias, funcionarios que estuvisteis luchando contra el fuego en Valencia mientras los que os recortan estaban en Kiev viendo el fútbol», por ejemplo. O también: «El que habla mal de los funcionarios habla mal del oncólogo que salva vidas o el bombero que rescata a un niño». O un tercero más general: «Porque nos curan, nos educan, nos protegen, nos ayudan, nos permiten ser ciudadanas y ciudadanos».

Ante las imágenes de estos días, como la de los antidisturbios despojándose de los cascos cuando controlaban una manifestación ante el Congreso, algunos se atreven a hablar ya de un «segundo despertar» de la sociedad española, una suerte de ensanchamiento del 15M. ¿Hasta qué punto los funcionarios asumirán también la idea de un cambio profundo en el sistema, que ha animado hasta ahora la

protesta callejera, en lugar de limitarse a reclamar lo suyo? «Existe esa idea extendida de que los funcionarios solo defienden 'lo suyo', pero en los últimos años han sido también los que más han defendido 'lo público', que es de todos, y se han solidarizado además con muchas otras causas -argumenta Adell Argilés-. Parece que ese segundo despertar de la indignación amplía su base y, de seguir las previsiones económicas y políticas que se anuncian, tenderá a convertirse en un movimiento de 'desesperación' que incluye miedo general a movilizarse, pero a

su vez una mayor radicalización de la protesta de quienes lo hacen». Jaime Pastor, por su parte, aprecia «una confluencia» con el 15M en «la expresión del rechazo a políticos y banqueros, considerados principales responsables y beneficiarios», así como en el «contagio» de lemas escuchados esta semana, como 'Lo llaman democracia y no lo es'.

Un partido propio

Algunos trabajadores públicos han dado el paso de sentar las bases para crear un partido político, bautizado como Funcionarios Unidos de España. «Si nos juntamos y tenemos el apoyo de un solo familiar más, seríamos la segunda fuerza política de España y tendríamos veintitrés diputados», plantean los responsables del proyecto, lanzados a la tarea de buscar compañeros capacitados («esos profesores de Ciencias Políticas...», reclaman) y dar forma al embrión de sus asambleas provinciales. Quizá sea la vía para que no se diluyan sus propuestas: resulta difícil evocar el 15M sin mencionar

que, tras la explosión del idealismo en las calles y la proliferación de diatribas contra el sistema bipartidista, el país se retrató en las urnas con su gesto más conservador.

¿El fermento de resistencia de los 'indignados' tendrá alguna vez efectos visibles en la renovación de la política española? «Como máximo, es algo generacional -responde Enrique Dans, profesor en la IE Business School y uno de los promotores de la iniciativa No Les Votes-. No puedes imaginarte a los hiperconectados jóvenes actuales entrando en la política, cosa que tendrán que hacer más tarde o más temprano, quieran o no, y sustrayéndose al escenario de comunicación y acceso a la información que ha caracterizado su vida previa. No es realista imaginar que, por el hecho de acceder a la vida política, se van a volver de repente oscurantistas. Sin embargo, creo o quiero creer que la disrupción va a tener lugar antes, y la duda que tengo es si ocurrirá por las buenas o por las malas».

«Es una grieta en el edificio estatal que puede debilitar el funcionamiento normal de sectores importantes»